

ENSAYOS SOBRE CIENCIA Y SOCIEDAD,

por *Fernando Lolas Stepke*.

Editorial Estudio Sigma - El Ateneo, Buenos Aires, 1995.

191 páginas.

El autor parte confesando sus preferencias por lo que llama "conocimiento fragmentario", por esos ensayos sueltos "con que los espíritus sagaces, desde Montaigne en adelante, han conjugado el vigor de una buena intuición, con el rigor del trabajo verbal".

Este conocimiento particulado tiene una larga tradición en Occidente. Aun más fragmentados que los ensayos sueltos, son, por ejemplo, las sentencias o los aforismos. Pero el afán de la sistematización parece ser un hábito de nuestra cultura. A esta le cuesta aceptar, por ejemplo, que la obra de Heráclito haya tenido un carácter aforístico, y procede ante ella de la misma manera en que lo hace cada vez que se encuentra ante fragmentos: tiende a intentar conectarlos, para así restituir una totalidad quizás inexistente. De otra manera siente que algo queda allí incompleto, trunco o mutilado.

La recomendación para conjurar este hábito es leer el fragmento como una totalidad.

Los ensayos que contiene este libro pueden leerse así. Cada uno de ellos, además de tener unidad de sentido, aporta una perspectiva inesperada, entrega un punto de vista provocador o sugerente y, además, conserva cierta apertura hacia posibles conexiones con sistemas mayores. Es decir, cada texto mantiene su potencialidad de fragmento de una unidad de sentido mayor, que sería el tema enunciado en el título.

De cualquier forma, la promesa del título se cumple. Los 37 ensayos que forman este libro abordan alguno de los casi infinitos puntos de interrelación, conflicto, encuentro y desfase entre la ciencia y sociedad y temas conexos, como los del conocimiento, la intelectualidad, la inteligencia, la tecnología y la ética. El mismo autor enuncia y anuncia muchas veces y de diversas maneras el difícil carácter de estas relaciones: "La ciencia en abstracto es una entidad que a los ciudadanos comunes y corrientes parece lejana e incomprensible. Aunque es verdad que en su nombre se predicán muchas cosas —el progreso y el bienestar, entre otras—, la relación no es muy clara ni muy convincente".

La materia central se aborda en dos grandes dimensiones: la universal y la local, es decir, los problemas concretos del hacer científico en Latinoamérica y en Chile. Así, por ejemplo, el autor examina esta falta de

claridad y convicción en las relaciones entre ciencia y sociedad, y sus incidencias en lo que podría llamarse el prestigio social de la ciencia, en un plano general, para luego indicar cómo se manifiesta este problema en nuestro país: “Las limitaciones para trabajar en ciencia —y en ciencia fundamental, aquella que el ciudadano corriente no asocia a ningún producto inmediato— proceden, entre otras fuentes, de la indefinición del papel social del científico como profesional. Una profesión es una respuesta institucional a una necesidad social; sus miembros transforman el poder del conocimiento en autoridad legítima y derivan recompensas sociales como prestigio, dinero o poder, de su ejercicio. Su importancia se mide por su capacidad de hacerse oír en temas sustantivos y para demandar consideración. Desde este ángulo, hoy en Chile los científicos requieren una mayor profesionalización. Necesitaríamos que esas personas que hacen ciencia tuvieran el orgullo de decir ‘soy científico’ y tener la certidumbre de que serán entendidas.”

Uno de los capítulos en que se trata con más propiedad el tema medular del libro, es el que habla de la excelencia y la relevancia, que son los dos desafíos a los que debiera responder la investigación científica en países como el nuestro.

La excelencia, indica el autor, “implica adherir a normas y exigencias que otorgan validez y verosimilitud a las afirmaciones”, en tanto la relevancia “implica que los resultados de la investigación pueden ser usados para resolver problemas diferentes de aquéllos que motivan al científico”.

Fernando Lolos examina enseguida las fuentes de conflicto entre excelencia y relevancia. La primera de ellas estaría en que las prioridades del científico son diferentes que las del planificador. Luego aparece la variable del tiempo, que el investigador y el político conciben y administran en forma distinta. Mientras éste tiende a ser “cronofóbico”, es decir, ve al tiempo como un obstáculo o un problema, la buena ciencia es “cronofílica”: tiene al tiempo como aliado.

El dilema crucial es, entonces, de qué manera abordar este conflicto entre competencia y relevancia. “Si alguien todavía dudara que tal conflicto existe, puede investigar cuánta ciencia chilena es empleada —efectivamente empleada— por los políticos y planificadores chilenos, cuántas decisiones empresariales se fundan en juicios académicos y cuántos educadores universitarios regulan el cupo de las carreras profesionales de acuerdo a estadísticas y proyecciones de demanda”.

Una de las opciones para dirimir este conflicto sería maximizar la relevancia, es decir, otorgar a los políticos la potestad de dirigir el sistema

de la ciencia y definir sus prioridades. Así se afirma la legitimidad social de la actividad científica. Otra alternativa es “institucionalizar la tensión entre investigación excelente y utilidad relevante”; esto significa tener una muy buena ciencia con muy buenas aplicaciones. Hay aún otra opción, que puede que no sea tal porque resulta casi ilusoria: la subordinación de las decisiones políticas y económicas a la academia.

Podríamos decir que el tema de este libro es de enorme relevancia, puesto que la ciencia está influyendo de manera cada vez más decisiva en la sociedad. Pero eso sería ir contra el carácter del texto, que arremete contra el lugar común y proclama la necesidad de seguir haciéndolo. Así, al escribir sobre el tema del saber como participación, el autor anota: “Se echa de menos una reflexión sobre el saber y la sociedad que supere el anticuado mesianismo de la ciencia y la técnica como fetiches salvadores de la humanidad. Se echa de menos una renovadora forma de hablar sobre saber, ciencia y técnica que no reitere la manida esperanza de que imitando lo que ya se hizo se podrán satisfacer aquellas expectativas de utilitario progreso que alguna vez se creyeron las únicas razonables. Se echa de menos el influjo de una comunidad cuya cultura sea crítica de los usos en boga, única forma de instaurar perdurables revoluciones y no seguir perpetuando mínimas rebeliones para corregir abusos”.

Los textos muchas veces contienen provocaciones en forma de sentencias rotundas que nos indican que las cosas no son lo que nosotros creemos: “El mundo que nos rodea es un producto de la percepción, no su causa. Su realidad última no son cosas, por muy elementales que puedan concebirse. No son partículas subatómicas ni protones ni moléculas. La realidad de las ciencias se construye a base de actos psicológicos. Realidad de las ciencias y ciencia de la realidad son uno y el mismo proceso. Algo que acontece, transcurre, en el privilegiado dominio de un observador, que por ese hacer su objeto de observación, crea literalmente objetos y con ellos la realidad”.

En síntesis, *Ensayos sobre ciencia y sociedad* contiene una cantidad de reflexiones que confirman una de las ideas del autor: la necesidad de la teoría para mejorar las prácticas.